

En 2007, Consorcio para el Diálogo Parlamentario y la Equidad Oaxaca AC, junto con otras organizaciones editó el documento titulado *Voces de la Valentía en Oaxaca. Violaciones a los derechos humanos de las mujeres en el conflicto social y político*. Allí se dio cuenta de la importante participación que las mujeres tuvimos en el movimiento de 2006. Esta serie es, de alguna manera, la continuación de aquél interés por escuchar y visibilizar a las mujeres que marcan el rumbo de nuestro estado.

Con la serie *Voces de la valentía: Mujeres en primer plano* queremos contribuir a posicionar las historias, vivencias y aspiraciones de grupos de mujeres diversas que día a día aportan a la construcción de la sociedad oaxaqueña y del reconocimiento y ejercicio de los derechos humanos y cuyas voces, frecuentemente son silenciadas.

Nuestro esfuerzo está encaminado a interpelar a la sociedad en su conjunto y a las instituciones de gobierno a quienes les corresponde atender las necesidades de las colectividades sociales de mujeres que, número con número, irán apareciendo en esta serie. Aspiramos a sensibilizar a la población respecto a las ideas, demandas, sabidurías y aspiraciones de estos grupos de mujeres.

Voces de la valentía: Mujeres en primer plano es en síntesis, un espacio en el que las y los lectores podrán conocer a quienes, -a través de entrevistas, descripciones, análisis, e imágenes- nos compartirán una parte de su vida y su lucha. Usted tendrá la posibilidad de dialogar con ellas y consigo mism@, reconfigurando o reafirmando sus creencias, hermanándose, dudando, dejándose sentir. Como en todo texto, quien lee tiene la última palabra y la capacidad para reinventar y reescribir la historia. Ese es nuestro sueño.

Consorcio para el Diálogo Parlamentario y la Equidad Oaxaca AC



TRANSEXUALES

No. 3, Julio 2015

VOCES DE LA VALENTÍA: MUJERES EN PRIMER PLANO



Voces de la valentía: Mujeres en primer plano es una publicación de Consorcio para el Diálogo Parlamentario y la Equidad Oaxaca A.C.

Ana María Hernández Cárdenas
Yesica Sánchez Maya
Pilar Muriedas Juárez
Equipo Directivo

Sarah Möbius
Historia de vida

Daniel Nizcub Vásquez Cerero
Testimonio y poesía

Ana María Hernández Cárdenas
Nallely Guadalupe Tello Méndez
Coordinación editorial

Daniel Nizcub Vásquez Cerero (Archivo personal)
Ezequiel Narcisi
Aly Xidza
Fotografía

Consorcio para el Diálogo Parlamentario y la Equidad Oaxaca A.C.

Dirección: Santo Tomás 209, Col. Xochimilco, Oaxaca, México. C.P. 68040
Teléfono: (01 951) 132 89 96
<http://www.consorciooaxaca.org.mx>
Opiniones, comentarios y sugerencias: contacto@consorciooaxaca.org.mx

Se permite la reproducción total y parcial de este documento siempre y cuando se cite la fuente.
Julio, 2015.



*“Me divido en dos
y mis almas toman caminos distintos,
en uno no dejo de temblar,
de cerrar los ojos, de doblar las rodillas
y de apuñalar la tierra que se ha vuelto
desconocida;
en otro doy pasos en silencio,
uso las piedras de escalones para llegar
más lejos...”*

Daniel Nizcub Vásquez Cerero
Fragmento de poema XI

EDITORIAL

La discriminación es uno de los resortes más letales del sistema patriarcal con el que bregamos todos los días. El lenguaje, la vida cotidiana, los contratos, los códigos de relación, la expresión de la sexualidad, del placer y los valores simbólicos, entre otros, se ordenan y valorizan a partir de lo masculino y de la hetero-normatividad como modelos “apropiados”, “normales” y “universales” y se cuestionan y devalúan las prácticas, expresiones y formas de relación diversa que se erigen como modelos disidentes que no encajan en lo “socialmente aceptado y valorado”. El sistema patriarcal niega esa diversidad como riqueza y con ello niega también el derecho a la igualdad en el disfrute de los derechos humanos a sectores y grupos de población que en conjunto representan la mayoría de las personas en los pueblos y sociedades; dos ejemplos claros son las mujeres y los grupos de la comunidad LGBTTTI.

En Consorcio Oaxaca queremos aportar para desmontar los pilares sobre los que la discriminación se produce y reproduce, visibilizar el dolor y la injusticia que trae el rechazo y la exclusión de personas, grupos y sectores a los que se les niega el pleno disfrute de sus derechos humanos por el hecho de ser y vivirse diferentes. Urge negarnos a que sean estigmatizados y castigados por ello. Necesitamos construir un mundo libre, justo, igualitario y humano que permita abrir los horizontes en las posibilidades de ser y hacer en la vida, devolver el derecho de autonomía de los cuerpos secuestrados por la doble moral y el miedo que provoca la diferencia, la otredad, la disidencia.

En esta entrega de *Voces de la Valentía* damos cabida a las voces de las personas transexuales. La razón es simple y profunda al mismo tiempo. Todos los días la realidad diversa está allí, frente a nuestro rostro, a veces la podemos ver sin mirarla, otras la esquivamos o criticamos y otras más te sale al paso y decides abrir la mente y el corazón aceptando el mismo derecho de ser que el tuyo. Este es el caso.

Por fortuna, Daniel Nizcub, actual integrante de Consorcio Oaxaca llegó hace casi dos años a trabajar a la organización. Su presencia, apertura y valentía nos ha dado el privilegio de acompañar su proceso de transexualización y vivir de cerca sus certezas, dolores, dudas, sueños y transformaciones; en este tiempo hemos crecido con él en la comprensión y entendimiento de un proceso complejo, lleno de retos y altibajos, de batallas ganadas y de caminar hacia un bello renacimiento.

Desmontar creencias, aprender que el mundo no se reduce al binomio hombre-mujer, que muchas formas y combinaciones de ser y estar son posibles si dejamos en libertad y respeto que cada quien decida cómo quiere su vida es un reto que si tomamos amorosa y responsablemente nos hace mejores personas y sociedades. Como equipo nos hemospreciado de ser diversas, somos mujeres de chile, de mole y de dulce. Hoy, la diversidad como una red flexible se ensancha y acuna también a nuestro querido Daniel Nizcub.

Como organización feminista hacemos nuestra, en la agenda política para la transformación, la lucha de resistencia al patriarcado y la disidencia del sexo y del género.

VOCES DE LA VALENTÍA

Niz está sentado en una silla, sus ojos rasgados miran pícaros hacia el techo, apoya sus codos en sus piernas y sus manos sostienen su cabeza. “Muero por el espagueti y la milanesa que hace mi mamá” dice, mientras se dibuja una sonrisa sobre sus mejillas. Se ve tranquilo, satisfecho. Niz es un hombre al que le gusta convivir con su familia y sus amigos, escribir poemas y andar en bicicleta. Le encanta estar bajo la lluvia, sintiendo las gotas como un tamborileo sobre la superficie de su piel. Mientras habla, el tono de su voz se va volviendo agudo. Hace una pausa, toma un poco de agua y aclara su garganta. Perdón, es por el “gallo”. Sonríe.

“El gallo” y otros cambios que vive Niz, como el crecimiento del vello facial y corporal, la presentación de acné y oscilaciones del humor, se asocian con los adolescentes. En otras palabras, no es común verlos en un adulto de 31 años. Como si fuera leyendo mis pensamientos señala: “En algunos asuntos es como si tuviera físicamente otra vez 13 años con la diferencia que ahora lo vivo más consciente, ahora lo vivo por mi propia decisión. Y pues, por otra parte ya no me convierto en un ser adulto porque ya lo soy. Y tampoco me convierto en otra persona. Más bien estoy en un camino, un camino hacia mí. Es el camino de ser mujer a ser hombre. Y no es algo que empieza con tomar las hormonas.”

“Es algo con lo que vives todos los días. No es que un día me desperté y dije: “hoy si quiero hacer la transición”. Yo era una niña. Así me educaron, así me decía mi mamá: hija.



Pero siempre me sentía ¿cómo te lo digo? Como encerrado en un lugar que no era el mío

Yo creo que tendría como unos cuatro años. Iba al kinder. Siempre jugaba con mis primas y nos preguntábamos “¿qué

quieres ser cuando seas grande?”. Ellas decían: doctora, actriz y cosas así. Cuando me preguntaban a mí, respondía: “Pues, hombrecito”.

Mis primas se reían y replicaban: “¿Cómo que hombrecito? ¡Eso no se estudia!” No sé por qué lo decía, no sé qué pasaba por mi mente, quizá que iba a crecer y al hacerlo me iba a convertir en hombre. No tengo idea, pero esto era lo que yo decía. Igual siempre llegaba con una tía que me cortaba el pelo y cuando me preguntaba: “¿Cómo quieres que te lo corte?” yo le decía: “Como hombrecito” y me lo cortaba

tipo “hongo”. Hasta entonces yo les parecía “graciosa” a las personas: “Mira ella está diciendo cosas que no...”

Un día, una de mis primas me dijo que si antes de dormir le pedía a la luna un deseo se me cumpliría. Entonces, todas las noches deseaba despertar siendo niño y tener un carro eléctrico. Pero bueno, como te lo imaginas, eso no pasaba.

Cuando tenía como siete años, mis padrinos hicieron una comida. Yo me quería poner un pantalón de mezclilla y una playera de *Los Muppets* pero mi mamá no me dejó. Ella insistía en que debía llevar una falda o un vestido. Yo tenía

un cinturón de piel que quería usar y que no combinaba – desde mi punto de vista- con lo que ella proponía. Entonces dijo:

–“Ah bueno, si tú te quieres poner el cinturón, entonces te pones una falda de mezclilla”.

–“Pero se va a ver feo, ¿ese cinturón no queda con esta falda!” -le respondí.

Y total que, tanto ella como mi papá, me regañaron, me dijeron que no era niño y cosas así. Yo sentí entre pena y coraje porque me obligaron a usar la ropa que ellos querían. Terminé escondiéndome en el baño, llorando.

A la escuela tenía que ir con uniforme, tenía que ir con falda. Era horrible para mí. Mucho tiempo fue así, a fuerza la falda, a fuerza el vestido. Pero siempre cuando mi hermana y yo llegábamos de la escuela a casa, le decía: “ya podemos quitarnos el disfraz (el uniforme) porque somos agentes secretos que para entrar a la escuela tenemos que usarlo pero ya saliendo de ella podemos ser nosotros” y me ponía mi ropa: mi pants, mi short y mis tenis.

Yo nací y crecí en el DF pero mi familia es de Oaxaca. Tenía 12 años cuando mis papás decidieron que nos mudaríamos para acá. El cambio fue muy difícil para mí pues ya me había acostumbrado a vivir ahí y llegar a una comunidad en donde hay muchos prejuicios y creencias rígidas de lo que debe ser un hombre y una mujer es muy fuerte.

Y por si eso no fuera suficiente, justo en ese momento me bajó la “regla”. Todo eso junto provocó que me desconectara mucho de mí, no tenía pies ni cabeza, ni sabía qué onda conmigo, a veces iba a la escuela y a veces no, mis

calificaciones bajaron terriblemente. Fui un desastre en este tiempo.

Rechazaba los cambios que me hacían biológicamente ser mujer. Odiaba que me crecieran los senos y me chocaba estar reglando y, también odiaba que yo odiara todos estos cambios, porque ¿cómo era posible que los odiara si esto era yo? Fue horrible. Tomé mucho alcohol a esta edad. A los 13 años, tomé alcohol como agua.

No me sentía bien con mi cuerpo en ese tiempo, al contrario, de alguna forma trataba de matarlo, digo yo, tanto alcohol a esa edad, era horrible. Cuando me bañaba evitaba verme, no era una cosa agradable ver que me estaban creciendo los senos, saber que me bajaba la “regla”. No me veía en el espejo, no me conocía, ni sabía qué onda conmigo. No conocía absolutamente nada de lo que estaba entre mis piernas y que no se nombrara era lo mejor para mí, pues yo no quería que existiera. Fue una negación total de mi cuerpo. Y esto evidentemente hacía que la relación con el resto de las personas no fuera muy cercana. Yo siempre tenía que esconder algo adentro y guardarlo para que nadie lo viera, pensaba.



En ese momento no sabía lo que era. No me conocía. Y esto también se vio reflejado en mis relaciones con otras personas. Fui muy introvertida, no hablaba con nadie. Me encerré, no sé si en mí, pero me encerré. Sólo tenía un amigo, que tiempo después me confesó que era gay. Era muy simpático, muy guapo, y a todas las niñas les gustaba, pero todos los chicos le hacían bullying y el maestro, que muchas veces estaba presente, no hacía nada. No sé si vi algo de mí en él, pero nos empezamos a llevar. Se convirtió en mi mejor amigo en la secundaria y nos fuimos juntos al bachillerato. Él fue muy importante en mi vida, en un tiempo cuando yo no sabía qué estaba pasando conmigo.

Cuando entré al Bachillerato -tenía como 14 años- conocí a una chica. Ella venía de una comunidad cerca de Zaachila. Llegó a trabajar a la casa de mi familia. Y empecé a quedarme mucho tiempo a su lado. Cuando salía de la escuela quería llegar lo antes posible a casa para platicar con ella toda la tarde. Muchas veces nos subíamos a la azotea y me señalaba dónde estaba su comunidad y la casa de sus papás.

Cuando podía, la acompañaba hasta el mercado. Platicábamos todos los días. Era una cosa muy rara porque en este momento yo pensaba: “O sea, soy una mujer y ¿me gustan las mujeres? ¿O cómo?” Y de pronto también sentí culpa y me decía a mí misma ¿cómo si soy mujer me van a gustar las mujeres? Pero lo estaba disfrutando y estuvimos



así no sé cuánto tiempo. Un día dijo que se iba a trabajar al DF, y, para mí, fue la muerte.

¿Por qué se iba a ir? No hacíamos nada, no pasaba nada más allá de platicar mucho. Cuando se fue, nos escribimos cartas y todos los días en la hora del receso hablábamos por teléfono como 20 minutos. Todos los días. Entonces le decía que cuando saliera de vacaciones iría a verla. Nada más estaba esperando que fuera enero para irme inmediatamente al DF. Así lo hice.

Me quede a dormir una noche ahí, con ella. Era la primera vez que tenía un contacto con otro ser humano, ambas teníamos ropa y todo pero sentí así como ¡wow! Estaba muy enamorada.

Pero bueno. El caso es que ella me dejó un chupetón y mi mamá –a quién le dije que me quedaría en casa de una amiga- se dio cuenta y me reprendió: “¿Sabes qué? Tenemos que hablar, ¿qué te pasa? ¿Eres una lesbiana o qué?” Sentí una agresión terrible de mi mamá, un enojo horrible. Me dijo: “Te voy a llevar a un terapeuta para que él me diga todo lo que hiciste anoche.” Y esto me hizo sentir mal, mal, mal, así terrible. Otra vez tenía que negarme. Y me dije a mí misma: “Ella es mujer y yo soy mujer. No se puede.” Después de esa noche y del regaño de mi madre no volví a saber nada de ella. Nada, nada. Se acabaron mis llamadas telefónicas de 20 minutos, se acabó todo, rompí sus cartas, las quemé.

Pues sí, mi madre me espantó. Yo también me espanté. Fue el segundo regaño terrible que recuerdo, pero al final de cuentas era algo que ella quería y que yo también. Yo tenía 14 años entonces y no entendía mucho lo que me pasaba. Sentía que estaba mal lo que estaba haciendo porque me habían enseñado que a las mujeres les tienen que gustar los hombres y que, por lo tanto, yo no debía hacer cosas que no estaban aceptadas dentro de la sociedad como “buenas”.

Total que tuve una relación con mi mejor amigo después. Duramos dos meses en los cuales mi mamá y mis tías estaban felices porque yo tenía novio. Lo que más risa me da es que un día me dijo: “¿Sabes qué? Esto no funciona. Yo soy gay”. Me reí y le dije: “Está bien, a mí me gustan las mujeres”.

“No soy lesbiana”

En esos momentos yo pensaba que era lesbiana. Pero no me sentía cómodo con la palabra porque no lo era. Una lesbiana es una mujer que sabe que es mujer, que se siente como mujer, que se vive como mujer y que le gustan las mujeres. Y a mí no. Sí me gustaban las mujeres pero no me vivía, no me sentía, no era, no soy mujer. Entenderlo me costó mucho trabajo. Hasta tiempo después, conocí a otra chica. Y con ella igual: mucha amistad, mucho ahí, mucho acá, mucho allá, pero de pronto empezaron a darse muchas cosas. Entre ellas emprendí el camino hacia mí.



Me acuerdo de aquella noche... Estábamos en esta etapa de enamoramiento, así de graaande. Eran creo las dos de la mañana, estábamos en su cuarto, acostadas en su cama, viendo el techo. Era mayo y afuera caían las gotas de lluvia en su balcón. Agarré su mano y la apreté muy fuerte. Y me preguntó: “¿Qué tienes?” Sentí el latido de mi corazón muy fuerte,

un escalofrío de nervios como si algo me fuera a pasar. Suspiré profundo y le dije: “La verdad es que no sé cómo te lo puedo explicar, ni cómo lo voy a hacer, pero yo no soy mujer. Yo soy hombre. Y ella me dijo que ya lo sabía. Yo sentí un nudo en mi garganta. ¿No te espantas?, le pregunté. “No, mejor pregúntate si tú te espantas porque yo no”, respondió. Entonces fue cuando me cayó un “veinte” muy grande: En realidad yo no tenía que darle explicaciones al mundo antes de dármelas a mí. Pensé: “Sí, es cierto, si yo quiero que la gente de alguna forma me reconozca, que me vea, pues primero tengo que verme yo, tengo que aceptarme yo”.

*A veces el hombre se asoma en el espejo,
da la vuelta por la esquina de mis hombros,
baja y remarca mi cadera,
quiere arrancarme el pecho.*

[...]

*A veces lo abrazo y le hablo bajito,
lo retengo en este sitio al que pertenece.
No quiero que se vaya.*

Esa noche fue la primera vez que lo verbalicé. Lo traía atorado en mí desde hacía mucho tiempo y pronunciarlo fue muy liberador. Decírselo a alguien también fue como verlo reflejado. Mi novia entonces ya lo sabía pero no era algo que platicáramos cotidianamente porque yo tenía miedo, mucho miedo. Era un proceso largo que debía trabajar conmigo pero al que no me arriesgaba. Tenía que hacer muchas cosas.

Después de un tiempo empecé a vivir con esa chica. Me acuerdo que un día tuvimos una discusión muy fuerte y ella se fue. Nos dijimos la clásica de “nos vamos a dar un tiempo”. Y esto me hizo verme otra vez, dejar de mirarnos a las dos y enfocarme en mí. Fue cuando finalmente decidí ir al sexólogo. Una amiga me dio el número y fui con él. Llegué y le dije: “Yo soy Niza”. Le expliqué que quería hacer la *transición*. Él se me quedaba viendo y no decía nada más que: “Por esto estás aquí”. Hablaba un montón con él y esto me ayudaba bastante. Sacaba muchas cosas. Y él me daba el tiempo que necesitaba para pensarme. La segunda vez que fui ya me habló como si yo fuera un chavo. Llegué y me preguntó: “Hola, ¿cómo estás hermano?” y me sentí como



“Eh, ¿esto es lo que quiero?”, me preguntaba: “Chispas, si quiero que me nombren pero todavía no puedo nombrarme yo. ¿Qué onda?” Sentí como miedo o pena, no sé. Me sentí algo raro.

A partir de que fui con él, decidí que debía tomarme tiempo para tomar decisiones. Sabía a dónde quería llegar: tener un cuerpo de chavo. Existen personas que son biológicamente mujeres pero se asumen como varones en su comportamiento y que nunca toman hormonas y no por esto dejan de ser hombres. Pero yo sí quería los cambios físicos. Entonces compraba las hormonas y las cargaba conmigo, pensando: “Las tengo que tomar un día, algún día lo haré.” Me daba mucho miedo. Me decía: “Si lo vas a hacer, si no lo vas a hacer, si te avientas, si te avientas”.

Ser Niza había marcado muchas cosas en mi vida, en la familia, en el pueblo, con la gente en general. Créeme no fue nada fácil decidirme a cambiar con todo lo que me decían.

Los profesionales de la salud me dijeron que el proceso sería muy difícil, que significaba ir de un extremo a otro. Hasta ellos te quieren ver como un hombre o una mujer con todo lo que implica socialmente serlo, así como a fuerza tienes que tener pene, a fuerza tienes que tener vagina, a fuerza te tienes que hacer otras operaciones. Son de esta idea de: “Es que ya eres hombre, entonces tienes que sentarte así y convivir con otros hombres y aprender a ser hombre”. Entonces yo me pregunto ¿Ser hombre es andar en la calle y gritar a todo mundo o qué? ¿O ser todo un cavernícola?

Por otra parte, la gente cercana me decía que iba a tener que vivir un duelo por perder a Niza, como si la estuviera matando. Que tenía que decidir para el uno o la otra. Y el

mismo binarismo que me estaban exigiendo las personas, se estaba reflejando en mí, viviendo una dualidad, dos personas dentro de mí, una ella y un él, no sabiendo que estaba primando más. Es difícil lidiar con esto, es muy violento. Te hablan de una construcción física cuando es una construcción social, que no tiene nada que ver con tu aceptación o tu construcción personal o propia, en el sentido de que vives una vida que no es tuya y esto es algo que no te hace feliz. Estás más bien cumpliendo con las expectativas de las y los otros.

En alguno de los momentos en que me sentí más solo que nunca, le pregunté al sexólogo si conocía a alguien con quien pudiera platicar. Me dijo que había tenido casos aquí en Oaxaca pero que ya no estaban acá. Y cuando le pregunté por qué se habían ido me respondió: “Pues es obvio, ellos, lo que quieren es ser hombres, entonces necesitan olvidarse de toda su vida como mujer y deciden irse del estado y lo hacen porque aquí te encuentras a todo el mundo y todos saben”. No entendí por qué tenías que matar a la otra persona que fuiste. Estás negando tu propia diversidad, tu propio ser.

*Cómo justificaré su muerte
cuando amanezca
desnuda sobre la cama
con un falo imaginario en la mano
y el pecho ensangrentado*

[...]

*Después vivirá en mi memoria,
en las cicatrices que dejará su paso por mi cuerpo,
se asomará al espejo de vez en cuando
sólo para decir adiós.*



Yo me sentí muy solo. No tenía nadie con quien compartir, nadie a quien preguntar. No tengo idea como fue que un día me metí al internet viendo cosas que no sé qué eran, pero caí con un videoblogger transexual de You Tube, de un chavo que se llama Nacho Rodríguez y vive en España. Él subía videos cada mes de cómo iban sus progresos en la transición de mujer a hombre. Me metí a su canal a ver todo: cómo era antes de la hormonación, como le fue en el primer mes, en el segundo y así, sus experiencias en el trabajo, como le fue con la familia, con sus amigos, todo. Y pensé: “si hay un español seguro que habrá algún mexicano y de pronto encontré a un chico que se llama Mario Julián e igual le seguí su proceso. Y así fui conociendo más en México, en Chile, en todo el mundo. Y noté la diferencia en sus caras, entre cuando empiezan a grabar sus videos y como se ven once meses después. Sus caras nos hablan. Están diciendo: “Soy yo: Me vivo, me siento y me percibo”. Fue impresionante para mí. Ver los videos me ayudó a entender que más allá de Niza, que es un nombre al final de cuentas, voy a seguir siendo yo, o mejor dicho: Voy a ser más yo. Niza siempre va

a ser parte de mí, pero en algún momento tenía que dar este paso de salir, de liberarse... Yo no vi, no veo ni siento que soy dos personas. Yo veo y me vivo como una sola persona, una persona que ha caminado mucho, que tenía que caminar en zig zag para llegar a quien soy ahora.

En este sentido, toda mi vida ha sido un camino de transformación. Han sido muchos pasitos y el 17 de septiembre del año pasado di el paso más significativo. La decisión de decir “Sí” a mí mismo. Fue cuando inicié el proceso de la terapia de reemplazo hormonal. Me acuerdo muy bien de este día. Me fui a mi cascada favorita en la



Sierra. Agarré una botella y la llené con el agua de allá. Con esta agua me tomé la primera dosis, y sentí como: “¡Wow! Estoy empezando, ahora sí, ya no hay vuelta atrás. Ya hice mi decisión”. Sentí como si estuviera flotando.

Poco tiempo después les dije a mis papás. Tenía que contarlos porque vendrían cambios y no quería que se espantaran. Mi voz, mi cuerpo iban a ser distintos y a lo mejor mi forma de comportarme también. Estuvimos en la sala de la casa. Me pasó algo similar a la primera vez que se lo conté a alguien. Este miedo, estos nervios, temblar... respiré profundo y se los dije tranquilamente. Los senté a los dos y les dije que iba a pasar por un proceso y que requería tiempo, que quería apoyo de las personas que yo amo y de las que sé que me aman y que quería sentirme acompañado.

“Yo me imaginaba que las cosas iban por ahí”, -me dijo mi mamá- “Y yo te respeto. Sé que es tu cuerpo. Pero para mí es muy difícil. Aquí en la casa te queremos mucho, te amamos mucho. Y nadie te está corriendo de la casa, ni nada. Esta es tu casa. Sí quieres vivir aquí está bien, sí te quieres quedar el tiempo que quieras, está bien. Y yo sé que si estás haciendo esto es porque ya tomaste la decisión. A nosotros nos cuesta mucho trabajo, entiende que nos cuesta muchísimo trabajo, porque toda la vida has sido nuestra hija.” Me pidió paciencia. Y mi papá me dijo lo mismo.

Para mí esto fue un gran paso. Poco tiempo después se lo dije a mi hermana y a mis primos. Pero fue mucho más fácil. Lo dije y ya. Y me empezaron a decir hermano y primo. Como si nada. La verdad es que casi todas las personas, así como mi familia, mis amigos, en mi trabajo, lo aceptaron. Para algunos/as fue más fácil pero al final de cuentas, cada quien

tiene su proceso. Y está bien. Me siento muy feliz. Es genial sentirse acompañado. Hay gente que ni siquiera encuentra un trabajo, que le corren de su casa, que tienen que cambiarse de ciudad, de estado. Me siento muy muy afortunado por lo que tengo.

*Ya no ve su rostro,
ella se mira al espejo y se ve de espaldas.
Cada vez más pequeña...
desaparece.*



He vivido muchos momentos muy chidos en esta transición. Entre ellos la primera vez que iba manejando del trabajo a la casa. Estaba solo, cantando. En este momento sentí que mi voz era bien distinta a como era antes, sentía que toda esta parte del tórax se hacía como más grande y como que mi voz iba rebotando por ahí y luego salía más fuerte y se movía de una manera distinta adentro y sonaba afuera diferente. Era genial. De hecho todavía me emociono cuando hablo por teléfono y dicen “¿Bueno? Ah sí, con el señor Niz” o cuando voy a un lugar y me dicen “él”. Para mí es genial, me digo: “Wow, lo estoy consiguiendo, voy por el camino que yo elegí, voy hacia mi propio encuentro”.

Por supuesto, también he tenido momentos difíciles. Aunque me siento feliz, no todo es miel sobre hojuelas. Antes de la transición, yo andaba mucho en el pueblo, me iba a las fiestas y me ponía a platicar con las cocineras. Sobre todo me encantaba ir a las fiestas tradicionales. Ahora estoy evitando mucho ver a las personas, a las tías, a los señores, a los chavos de mi generación. Es como si me estuviera auto-censurando.

Siento que no me van a cobijar como antes. A lo mejor me equivoco y espero que así sea, pero siento que ya no va a ser lo mismo. Y también la vivencia del ser hombre es distinta. Hay cambios sociales muy fuertes.

Si yo antes me subía a un taxi pues el taxista iba así, como serio. Si ahora me subo a un taxi y el taxista ve pasar a una mujer, le grita y hasta me comparte lo que siente. El otro día iba en uno y el taxista gritó algo a una chava que iba pasando. Ella se paró y le respondió con voz alta: “Baboso”. El taxista se voltea hacia mí con una sonrisa y me dijo: “Si bien que quieren”. Esto, evidentemente, antes no hubiera pasado. Una amiga me dijo una vez que lo chido de que haya podido vivir en los dos géneros es que puedo entender todo lo que implica ser mujer, en el sentido de que puedes entender cómo te trata la familia, cómo te tratan en la calle, las personas desconocidas, cómo te trata el mundo en general. Justamente, ahora el sentido que me gustaría darle a mi vida es poder construir otras formas de vivir y no sólo entre dos géneros sino entre toda la diversidad de personas que existe en el planeta. Ojalá se pudiera hacer como un puente, para

que haya más equilibrio entre todas y todos y romper con estos estereotipos de qué es ser hombre y de qué es ser mujer.



Algunas noches, cierro los ojos, como cuando era niño, y le pido nuevos deseos a la luna: quiero seguir sintiéndome acompañado por mis papás, mi hermana, mis primos; que ya no les cueste nada de trabajo, o más bien que sea natural decirme primo, hermano, hijo, o simplemente Niz.

¿Sabes? Algún día formaré mi propia familia. Quiero ser como mi papá. Él hace el aseo de la casa, trapea y plancha la ropa. Yo no tendría ningún problema en hacer esto y despertarme a las 3 o 4 en la mañana a que el bebé –mi hijo o hija– se duerma. Le pondría a los *beatles* cuando lo vaya a dormir. Hacerlo me haría feliz.

*Quiero arrancarme el pecho
y olvidar los aeropuertos,
cantar en un sentido distinto a lo ordinario.*

Por ahora estoy feliz con lo que tengo. Porque como he dicho, hubo un tiempo de mucho miedo, un tiempo de mucha negación. Ahora me conozco de “pi a pa”. Ya me veo en el espejo y estoy feliz, estoy feliz con mi cuerpo. Y no es porque, como me lo decía la gente, cambié de un extremo al otro. Incluso todavía tengo un poco de senos. Pero ya los veo y sé que están aquí. Claro, lo ideal para mí sería que no estuvieran, pero tampoco es que piense: “Ay, qué horrible ¿por qué están?” Me veo y me encanta. Porque al final un pene no te va a hacer hombre. Existimos hombres que tenemos vagina y senos y mujeres que tienen pene y senos o al revés. Existimos otras personas, somos mucha diversidad.

Yo sigo siendo el mismo cuerpo, sigo siendo la misma persona. Mi forma de verme, de percibirme es lo que es distinta. Ahora disfruto a mi cuerpo y sus reacciones ante estímulos como el aire, el agua, el viento. La vida es más chida. Sí, se vuelve más chida siendo yo.



DEMANDAS

En el caso de Oaxaca no existe ningún reconocimiento a los derechos de las personas transexuales. Esto nos lleva a plantear las siguientes demandas realizadas tanto al Estado como a la sociedad:

NO DISCRIMINACIÓN

Ser una persona transexual implica que socialmente se viva bajo el escrutinio del resto. La discriminación por ser una persona que trasgrede los límites establecidos por una sociedad que sólo contempla la existencia de dos géneros y sexos, y que además ejerce su derecho a decidir sobre su cuerpo, resulta en una violación constante de su derecho a la identidad y crímenes de odio que resultan en agresiones psicológicas o físicas e incluso asesinatos a causa de la transfobia, aun cuando el artículo 1 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos prohíbe todo tipo de discriminación, incluso por razón de género.

Tal situación ocasiona que las personas que viven en esta condición difícilmente se visibilicen, y por lo tanto exista un desconocimiento de los datos duros alrededor de este tema. Por lo tanto, resulta necesario la promoción de la no discriminación a las personas transexuales, para no seguir fomentando la transfobia y la vulneración de nuestros derechos.



IDENTIDAD LEGAL

La identidad es un derecho fundamental establecido en el artículo 4º de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, sin embargo, a las personas transexuales se nos es negado este derecho en el sentido de que nuestra identidad de género no es reconocida por el Estado, situación que deriva en la falta de acceso a derechos y servicios de salud, trabajo, educación, etcétera.

El Distrito Federal fue la primera entidad que reconoció el cambio de la identidad de género en el acta de nacimiento de las personas transexuales, primero a través de un juicio, y a partir de 5 de febrero de este año, a través de un trámite administrativo en el registro civil.

Pero en el resto de la República mexicana el panorama es distinto.

ACCESO A LA SALUD

La condición de las personas transexuales requiere un constante acompañamiento médico y psicológico, además de tratamientos de remplazo hormonal (TRH) y cirugías para adecuar nuestro cuerpo a nuestra identidad de género.

En el caso de Oaxaca, el hecho de que no se contemplen esas necesidades básicas de las personas transexuales nos convierte en ciudadanos de segunda clase, pues a pesar de pagar impuestos, el Estado no garantiza un adecuado acceso a la salud.

Lo anterior nos coloca en una constante búsqueda de especialistas quienes muchas veces están cargados de prejuicios y de falta de sensibilidad con el tema, además de un costo monetario excesivo a causa del constante tratamiento y acompañamiento de especialistas para no poner en riesgo nuestra salud, mismo que asciende hasta los 4,000 ó 5,000 pesos mensuales.

Por lo tanto, las personas transexuales exigimos personal de salud, pública y privada, capacitado y sensibilizado en la temática trans; además de la cobertura de salud, pues el ser una persona transexual es una condición como cualquier otra que existe en la diversidad humana.

ACCESO A UN TRABAJO REMUNERADO

El hecho de ser una persona transexual complica

el encontrar un trabajo que garantice la cobertura de las necesidades básicas y del tratamiento para adecuar nuestro cuerpo a nuestra mente, sobre todo si no se cuenta con una identidad legal reconocida. Esta situación obliga a muchas personas transexuales a realizar trabajos que no son acordes con nuestras capacidades desarrolladas.

La exigencia es hacia las y los patronos, a las empresas, organizaciones e instituciones, para que se trabaje por la sensibilización al personal en general y al área de recursos humanos para garantizar el acceso al trabajo de las personas transexuales, tal y como está establecido en la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Capacitar a los medios de comunicación, ya que los encabezados de la nota roja en los medios impresos, o en las noticias de cualquier otro medio electrónico, que dan a conocer un asesinato o agresión por transfobia, re-victimizan a la persona transexual y escriben desde un desconocimiento del tema o por el morbo y terminan por “informar” sin fundamentos propagando más odio, intolerancia e ignorancia en la sociedad.

Daniel Nizcub Vásquez Cerero